

CREADORES (32) SÒNIA HERNÁNDEZ



Por la calle de la verdad, sin número

ISABEL GÓMEZ MELENCHÓN / PEDRO MADUEÑO (FOTO)

Sònia Hernández tituló así, *La calle de la verdad*, pero con un número, el 1, la penúltima de las narraciones que aparecen en su libro *Los enfermos erróneos* (Belacqua), relatos cortos en extensión pero muy intensos en su decir; una verdad, una posición ante el mundo como a la expectativa, una escritura densa y exigente que se mantiene al margen de modas y generaciones, introvertida que no tímida. Ha sido un número, el 22, el de los 22 seleccionados por la revista *Granta*, el que ha provocado que la llamen para hacerle fotos e ilustrar artículos, aunque lleve ya años escribiendo, publicando y colaborando en diversas revistas, entre ellas el suplemento *Cultura/s* de este diario, en el que ejerce la crítica literaria. Pero ahora es, además, una de las 22 voces menores de 35 años que según la prestigiosa revista mejor narran en lengua castellana en la actualidad. Sólo seis españoles, sólo cinco mujeres. Una lista que premia el presente pero sobre todo el futuro y hace venir a la memoria las palabras sabiamente admonitorias de Graham Greene en otro libro de relatos: cuando uno llega a los cincuenta le juzgan por la realidad que es y no por la promesa que ha sido (*¿Puede prestarnos a su marido? y otras comedias de la vida sexual*, Edhasa). Así que Sònia Hernández (Terrassa, 1976) no es que se sienta presionada, pero sí con una cierta mayor responsabilidad ante esa hoja en blanco que en realidad nunca le ha atormentado.

Nacer en una familia interesada por la cultura es como un regalo del cielo, y en su casa de Badia, ciudad inmigrante y trabajadora próxima a Sabadell, sus padres veneraban la palabra Universidad, consecuencia lógica de su origen en tierras de Salamanca. Ninguno de ellos tenía Estudios, como se decía antes, pero sí querían que sus siete hijos los tuvieran, y Sònia, la menor, tenía a su alcance los libros de sus lectoras

hermanas mayores. A los seis o siete años ya escribió un cuento que seguro que su madre guarda por alguna parte. Trataba de una hormiga que iba a la luna; las hojas las había recibido también de sus hermanas mayores y quería llenarlas todas aun cuando la historia ya se le había acabado: fue su primer enfrentamiento con la crisis creativa, y dio lugar a unas serias reflexiones infantiles sobre lo difícil que era el trabajo del escritor. Luego llegó la poesía, esos versos que todos escribimos a los quince años y que luego nos hundían en la vergüenza propia cuando casualmente los recuperamos en una limpieza o una mudanza infinitos años después. Pero en ella la poesía, igual que los cuentos, había llegado para quedarse: ha publicado los poemarios *La casa del mar* (Emboscall) y *Los nombres del tiempo* (DVD), en castellano, y tiene otro inédito aún en catalán. Combinar dos géneros literarios tan distintos en sus tempos y sus maneras no es algo que le resulte excesivamente complicado. “En ambos casos la idea parte de un *flash*, de algo que de pronto oigo o veo y debe transformarse en palabras; la diferencia es que en la poesía esa iluminación se convierte inmediatamente en frases, y la narrativa es más fría, más tramposa, en el sentido de que da mucho más margen para jugar, para inventar a partir de una idea concreta”. En sus cuentos aparecen en muchas ocasiones Badia o el río Tormes u otras localizaciones relacionadas con la escritora, pero las historias no son directamente las suyas, aunque hayan servido de inspiración. Badia no es tampoco una tierra yerma, ligada como está en su memoria a sus lecturas.

La escritora no vive de la literatura; desde hace años combina el trabajo en la administración con las colaboraciones en múltiples revistas de España y Latinoamérica: los estudios de Periodismo que cursó no es que den actualmente para llegar a Hollywood, y sigue estudiando, prepara el doctorado sobre la figura del humanista, crítico literario y escritor Juan Ramón Masoliver, sobre el que ha escrito un libro y coordina la revista de investigación literaria *Quaderns de Vallençana*. Esa distancia frente al mundo, o mundillo, literario le permite escribir a su ritmo, sin presiones, de manera indisciplinada, simplemente porque tiene la necesidad de hacerlo. También le permite mirarse las generaciones literarias con distancia;

así, no cree que exista una generación *Granta* más allá de la coincidencia en la edad, y si hay grupos, se siente al margen de todos ellos. Bebe más bien de gentes como Enrique Vila-Matas, Cristina Fernández Cubas, Claudio Magris o Melania Mazzucco, o, más allá en el tiempo, de Ribeyro o Joyce. Cuando se leen sus poemas o sus cuentos, se hace evidente su alejamiento, su carácter de escritora austera, casi secreta, indagadora de los miedos e inseguridades ajenos y propios, mucho más interesada en una prospección interior que en la proyección exterior.

Ahora tiene pendiente de aparición en noviembre su novela *La mujer de Rapallo* (Alfabet). Sabe que ya no se leerá de la misma forma como se leyeron sus anteriores obras, de la misma manera que ahora vive en El Masnou, cerca del mar, entre edificios modernos y pasadas casas señoriales, lejos de Badia. Pero cerca de sus libros.

MI MAESTRO



Dedicado a mi familia

■ “Ser la pequeña de siete hermanos, a una cierta distancia de los seis anteriores, me ofreció una clarificadora perspectiva para analizar el universo en el que había nacido. Así, aprendí conceptos como el respeto a la individualidad en el grupo o la importancia de la colaboración. Por mis hermanas también supe de la capacidad de la literatura para llevar a otros mundos, y con todo el clan compartí un particular sentido del humor en el que es importante reírse de uno mismo para restar trascendencia a la realidad y enfrentarse a los aspectos menos amables de ella”.